
LOS PARTIDOS NO TIENEN REMEDIO

En 1911, el sociólogo alemán Robert Michels publicaba su libro *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. En ella hacía un estudio exhaustivo de los comportamientos oligárquicos de los líderes políticos del Partido Socialdemócrata Alemán, en el que militaba, y de otros movimientos socialistas europeos que tan bien conocía. Aquí concretaría su idea sobre lo que él denominó “*la ley de hierro de las oligarquías*” y concluía que *el dominio de una sociedad o de una organización por quienes están en la cumbre, es algo intrínseco a la burocracia de cualquier organización*. Los comportamientos oligárquicos, pues, eran consustanciales a las organizaciones humanas.

En este sentido, se puede decir que los comportamientos oligárquicos de los dirigentes se manifiestan desde las pequeñas sociedades culturales y deportivas a las organizaciones sindicales, las sociedades capitalistas y, sobre todo, en los partidos políticos, en cuanto organizaciones que pugnan por conseguir el poder.

La prueba más palpable para Michels de que las tendencias oligárquicas son algo immanentes a todo tipo de organización humana era la aparición de fenómenos oligárquicos en los propios partidos revolucionarios y socialistas, algo totalmente en contradicción con sus fines primordiales como eran la lucha contra los poderes oligárquicos que monopolizan los Estados y la instauración de una democracia igualitaria. Reconocía que los partidos modernos, al ser una organización que lucha por el poder, en el sentido político del término, deben organizarse militarmente para tener más posibilidades de victoria.

Así como la tropa sigue al caudillo militar, la masa de afiliados y simpatizantes debía seguir ciegamente a sus jefes. Por lo tanto, las propias necesidades técnicas y prácticas de los partidos daban lugar al advenimiento del liderazgo profesional, que para Michels era el principio del fin de la democracia interna partidaria, ya que el poder efectivo del partido se concentraba en los pocos miembros que constituían su cúpula dirigente. Ahora bien, no dejaba de reconocer el sociólogo alemán que los



El presidente del PP de Asturias, Ovidio Sanchez, aclamado al término de un congreso del PP asturiano. A su derecha Joaquín Aristegui y, a su izquierda, Isidro Fdez. Rozada y Fernando Goñi.

partidos de masas sin los líderes no podrían subsistir, ya que las masas tienen una necesidad imperiosa de volcar sus anhelos y deseos en una figura.

Es entonces cuando los líderes políticos se creen indispensables y comienzan a confundir sus propios intereses con los del partido. Así, los cuadros del partido tienden al aislamiento frente a las masas de afiliados, establecen una especie de baluarte y se rodean de un muro, que sólo pueden franquear quienes participan de su forma de pensar. Cualquier crítica objetiva la convierten en una afrenta personal, por eso son incapaces de prestar una atención serena y justa a la críticas.

Una vez las camarillas dominadoras de las ejecutivas de los partidos comienzan a identificar los intereses del partido con los suyos propios, sustraen a la masa de afiliados la elección real de los cuadros burocráticos del partido. La democracia directa deja paso a una democracia representativa y congresual más adecuada a la propia oligarquía dominante. Los candidatos surgen y son presentados por la propia oligarquía dominante del partido y la renovación solamente se produce mediante cooptación de las propias camarillas políticas. La posibilidad de que se presenten candidaturas alternativas a la oficialista está muy mal considerada y en lugar de ser visto como un buen síntoma del funcionamiento democrático, se percibe como un síntoma de debilidad. De modo, que a los representantes de la masa de afiliados no les queda otra alternativa que la mera aclamación de la candidatura surgida de los cuadros oligárquicos del partido, pues la mínima disensión con la línea oficial significa el ostracismo absoluto y la pérdida de toda posibilidad de ser cooptado para forma parte de la oligarquía dominante. Las elecciones de los cuadros de los partidos se convierten en simples plebiscitos legitimatorios de una situación previa de poder. Es esta legitimación plebiscitaria, la que permite a las ejecutivas de los partidos exigir una absoluta disciplina a todos los afiliados y cuando se les reprocha sus actitudes antidemocráticas, apelan a la voluntad de las masas, de donde proviene su autoridad, por elección. El propio Michels nos señala el discurso utilizado por las ejecutivas de los partidos para legitimar sus actuaciones: “*Puesto que las masas nos han elegido y reelegido como líderes, somos la expresión legítima de su voluntad y actuamos como sus representantes*”.

Entendía Michels, que quien había alcanzado el poder, ya no estará dispuesto a regresar a la situación oscura que ocupaba antes. El abandono de un cargo público conquistado es un lujo que sólo un *grand seigneur* o un hombre de dotes excepcionales y gran espíritu de autosacrificio, puede soportar. Tal renuncia es demasiado dura para el hombre medio o corriente. Por eso, aquellos que han conseguido mediante el partido alcanzar puestos políticos de relevancia en la vida pública intentarán por todos los medios consolidarlos y engrandecerlos, multiplicando las murallas que defienden su posición de relevancia y evitando la democracia interna que puede dar al traste en cualquier momento con su situación de privilegio.

Además, señalaba Michels, que cuando los líderes no contaban con otras fuentes de ingresos, se aferran firmemente a sus puestos por razones económicas, y llegan a considerar las funciones que ejercen como propias por derecho inalienable. Subrayaba que en el caso de los trabajadores, en cuanto llegaban a un puesto político o de liderazgo, la pérdida del puesto significaba una merma muy considerable de su estatus económico y social, además de una vuelta a su antiguo trabajo por el que ya no sienten ninguna motivación después de haber desempeñado importantes funciones en las estructuras del poder político.

Concluía Robert Michels proclamando: “*La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización, dice oligarquía*”.

Un siglo después, los comportamientos oligárquicos de las organizaciones políticas descritas por Robert Michels, pese a las críticas y las matizaciones vertidas por algunos miembros de la moderna sociología política, en gran parte por su deriva fascista en los últimos años de su vida, como I. M. Zeitlin, McKenzi, Cyert y March, entre otros, siguen de actualidad en lo esencial, como no dejan de reconocer autores como Neuman, Lipset, Linz, Selznick o Cassinelli, ya que gran parte de sus premisas se adecuan a los comportamientos actuales de los dirigentes, si no es en todos los partidos, sí en la inmensa mayoría de ellos, incluso en los extraparlamentarios de las modernas democracias. Esta *Ley de Hierro de las Oligarquías Políticas* tuvo su mayor vigencia con el comportamiento absolutamente oligárquico de las elites políticas soviéticas y de los partidos comunistas de los países de su órbita.



Asistentes a un congreso del PCA

En nuestro país, tras cuarenta años de dictadura y de prohibición de todos los partidos democráticos, se desarrolló en el imaginario popular una concepción casi angelical de los partidos políticos democráticos y de sus dirigentes en contraposición a la propia organización oligárquica del Estado franquista. Como dice el propio Michels, tras un periodo de proscripción y persecución de cualquier partido, la moralidad

de sus partidarios se mantiene en un nivel

mucho más alto que en un momento de triunfo electoral, porque en la primera situación, los sujetos de temperamento egoísta y los inspirados por sus ambiciones personales mezquinas se mantienen lejos de los partidos, ya que no desean para sí la corona de mártir.

Cuando a mediados de los años ochenta se comenzaron a percibir descarnadamente los comportamientos oligárquicos dentro de los recién legalizados partidos políticos, la sociedad española no era capaz de entender y menos asimilar la total contradicción entre su discurso político democrático y sus comportamientos absolutamente oligárquicos internos. Aunque esto supuso una importante conmoción del ideal democrático para una parte de la sociedad española, sirvió también para situar a los políticos y a las organizaciones políticas en su dimensión humana.

En resumidas cuentas, podemos decir que la democracia, como es entendida en la actualidad, se realiza a través de las organizaciones políticas, en las que se producen en mayor o menor medida comportamientos oligárquicos. Por lo tanto, soñar con que la

clase política dominadora de los partidos políticos que controlan el poder político abandone sus comportamiento oligárquico, es lo mismo que esperar que el agua sometida a calor no se evapore.

Luis Aurelio González Prieto
Atlántica XXII
Julio 10, nº9